

Numéro 8, création

Fragmento de la novela inédita: *Un amor griego*

Zoe Valdés

Citation recommandée : Valdés, Zoe. "Fragmento de la novela inédita: *Un amor griego*".
Les Ateliers du SAL 8 (2016) : 217-220.

A Zê esa palabra, "alabastro", le pareció la más bella del mundo. No le sorprendió la parquedad de Orestes, aunque hablaba español, a veces se enredaba y prefería callar a cometer errores lingüísticos, y tampoco era demasiado culto, como se podía suponer que fuesen todos los griegos.

Avanzó a todo lo largo del Parque de los Mosquitos, frente a la Aduana, y se internó en la oscuridad de la calle Muralla, donde vivía. Pasó frente a la casa donde había residido hacía mucho más de un siglo Alexander von Humboldt, y algunas cuadras más abajo penetró en el número 160, después de dejar tras sí el parque Habana y el cine del mismo nombre.

El solar, como siempre, se encontraba a oscuras, rotos los focos de los pasillos y las partes comunes, a puras pedradas lanzadas por los pandilleros del barrio; la escalera apestaba, húmeda y encharcada. Desde el techo goteaban los meados y las heces fecales de los vecinos del segundo piso, quince familias, en total unas cuarenta y pico de personas; el baño llevaba tupido desde hacía una década, nadie podía pagar el arreglo y tampoco el gobierno ofrecía una opción alternativa. Sorteó los goterones que lo manchaban todo en derredor con lamparones de un color terroso y maloliente.

Por fin llegó al cuarto donde su padre la esperaba dándose sillón, tris tras tris tras tris tras, en penumbras, con el "amansaguapo" —como él lo llamaba— de grueso cuero encima de las rodillas. Su madre descansaba en el camastro, fingía dormir con tal de restarle importancia a la llegada tarde de su hija, y con la intención de que Gerardo, su marido, se acostara y no se pusiera demasiado violento. Sus hermanos menores respiraban profundamente rendidos en unos catres desvencijados, aunque limpios:

—¿Dónde carajo andabas? —preguntó airado el hombre blandiendo el cinto amenazador.

La madre dio un salto y se metió en el medio:

—¡Déjala, Gerardo, ya es grande! ¡No le pegues, chico!

—¡Cállate, Isabel! ¡Ya esta chiquita me tiene loco! ¡Mira cómo vuelve, como una puta, para que todo el barrio hable de nosotros, y nos señalen con el dedo! ¡Me botarán del trabajo! ¡Ésta me joderá la militancia! ¿No lo ves, no ves que me quiere jorobar! ¡Me va a fastidiar la existencia, hija... Hija de... hija de tu madre!

—¡Más puta serás tú, cabrón! —replicó la mujer.

Isabel le pasaba la mano por el brazo con el que empuñaba el cinturón cuarteado, tratando de calmarlo con caricias leves, pero

cuando oyó el insulto, mientras hacía lo posible por retenerlo, él se deshizo de un gesto brusco.

Sordo a las súplicas de su mujer arreó un cintarazo a Isabel y enseguida le cayó encima a la hija. El cuero cruzó el brazo que Zê interpuso entre la cara y la hebilla para evitar males mayores —cicatrices, tantas tenía ya en las piernas que no podía darle el lujo y el gusto de que ahora le marcaran las mejillas—; sin embargo, no soltó ni un solo gemido, tampoco su rostro se alteró. Más bien hinchó el pecho, subió los hombros, demostrando coraje, parecía ahora más alta, así tan erguida, orgullosa y airada de haberlo enfrentado.

—Mamá, papá, debo hablarles, es muy serio, quiero que oigan lo que les tengo que decir... Sé que no les gustará, sobre todo a ti, papá, no te agradará nada... —mordió las palabras.

El padre dio unos pasos atrás y se derrumbó extenuado en el sillón, se quejó con un agudo y hasta cómico lamento de que le dolía el lado izquierdo del pecho y se llevó la mano, apretándose la tetilla; vestía una camiseta blanca y ancha.

Zê sintió pánico de que por su culpa a su padre le diera un infarto. Pero no, de ahí no pasó, bah, otro teatro del viejo.

—¡Déjate de alarde, no seas tan teatrero! —corroboró su madre.

Sus hermanitos despertaron, saltaron de los catres restregándose los ojos, habituados a los espectáculos irritantes entre sus padres y su hermana mayor.

Zê avergonzada con ellos trató de no someterlos a un nuevo percance entre ella y su padre, pero, ¿cómo hacer? Debía confesar de inmediato a sus padres su pesado secreto, y no podía hacerlo de otra manera que delante de los pequeños, no tenía otro sitio dónde hablarlo y que ellos no la oyeran, el cuarto donde vivían era demasiado estrecho, ¿dónde meterse, dónde esconderlos? Por fin se decidió:

—Yo, papá, mamá —dirigió una mirada furtiva a los niños, quienes la contemplaban aterrados, tal vez porque intuían que su declaración sería más borrascosa de lo habitual; entonces Pavel, el más pequeño se llevó el antebrazo a los ojos, tapándoselos de antemano, para evitar ser testigo de la furia, ella prosiguió:— ... Yo estoy... bueno, ustedes no se han dado cuenta pero... quería decirles que, que, yo estoy en estado...

—¿Qué ha dicho, Isabel? ¿Qué ha dicho ésta? ¿Qué has dicho, pedazo de mierda? —De súbito el rostro de su padre se recompuso como en un raro y perturbador sosiego, además palideció demasiado y los dientes le castañetearon. La joven advirtió que estaba conteniendo tremendamente la rabia, con tal de no empeorar la cosa delante de sus hijos menores.

—¿Qué has dicho? —insistió Isabel en un hilo de voz, tan ceniza como su padre blancuzco.

—Ya paso de los tres meses, mamá, estoy embarazada, sin remedio...

El cinto le cruzó el rostro levantándole un grueso verdugón. Al punto sus hermanos se escondieron debajo de la cama. Por más que la madre quiso interponerse recibiendo ella también dolorosos fuetazos no pudo evitar que el hombre desatara su cólera contra el cuerpo de la muchacha. Aquello, sin embargo, era una escena muda. Por esta vez nadie gritaba y eso le dio más pavor a Zê porque sabía lo que significaba el silencio; sólo se oían gemidos sordos, los de la adolescente, la desorbitante respiración de Gerardo, los jipíos del llanto contenido de la madre, y los latigazos del cinturón surcando el aire, cayendo sin piedad sobre los huesos de Zê.

El silencio cómplice durante las escenas de tortura y violencia formaba parte de la historia de la vida cotidiana en Aquella Isla, como en una especie de teatro del Nô, donde las pausas dolorosas siembran intrigas imperecederas y aleccionadoras en la mente del espectador. Escenas similares a éstas proliferaban en La Habana de los setenta: la violencia debía ser actuada callada, y dramáticamente perfecta entre bastidores, aunque sin consecuencias justas, exentas de moralejas, como si ocurrieran en la penumbra temible del monte, en una desolada selva, donde la ley natural es la de la depredación.